



**BOLETÍN  
DE LA ACADEMIA  
NACIONAL DE HISTORIA**

Volumen C Nº 207  
Enero-junio 2022  
Quito-Ecuador

## ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director	Dr. Franklin Barriga Lopéz
Subdirector	Dr. Cesar Alarcón Costta
Secretario	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
Tesorero	Dr. Eduardo Muñoz Borrero, H.C.
Bibliotecaria archivera	Mtra. Jenny Londoño López
Jefa de Publicaciones	Dra. Rocío Rosero Jácome, Msc.
Relacionador Institucional	Dr. Claudio Creamer Guillén

## COMITÉ EDITORIAL

Dr. Manuel Espinosa Apolo	Universidad Central del Ecuador
Dr. Kléver Bravo Calle	Universidad de las Fuerzas Armadas ESPE
Dra. Libertad Regalado Espinoza	Universidad Laica Eloy Alfaro-Manabí
Dr. Rogelio de la Mora Valencia	Universidad Veracruzana-México
Dra. María Luisa Laviana Cuetos	Consejo Superior Investigaciones Científicas-España
Dr. Jorge Ortiz Sotelo	Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima-Perú

## EDITORA

Dra. Rocío Rosero Jácome, Msc.	Universidad Internacional del Ecuador
--------------------------------	---------------------------------------

## COMITÉ CIENTÍFICO

Dra. Katarzyna Dembicz	Universidad de Varsovia-Polonia
Dr. Silvano Benito Moya	Universidad Nacional de Córdoba/CONICET- Argentina
Dra. Elissa Rashkin	Universidad Veracruzana-México
Dr. Stefan Rinke	Instituto de estudios latinoamericanos/ Freie Universität Berlin-Alemania
Dr. Carlos Riojas	Universidad de Guadalajara-México
Dr. Ekkehart Keeding	Humboldt-Universität, Berlín, Alemania
Dra. Cristina Retta Sivoletta	Instituto Cervantes, Berlín- Alemania
Dr. Claudio Tapia Figueroa	Universidad Técnica Federico Santa María – Chile
Dra. Emmanuelle Sinardet	Université Paris Ouest - Francia
Dr. Roberto Pineda Camacho	Universidad de los Andes-Colombia
Dra. María Leticia Corrêa	Universidade do Estado do Rio de Janeiro-Brasil

## BOLETÍN de la A.N.H.

Vol C  
N° 207  
Enero-junio 2022

© Academia Nacional de Historia del Ecuador  
ISSN N° 1390-079X  
eISSN N° 2773-7381

### Portada

El Chimborazo, óleo sobre tela  
Rafael Salas, siglo XIX

### Diseño e impresión

PPL Impresores 2529762  
Quito  
landazurifredi@gmail.com

julio 2022

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

## ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA DEL ECUADOR

### SEDE QUITO

Av. 6 de Diciembre 21-218 y Roca  
2 2556022/ 2 907433 / 2 558277  
ahistoriaecuador@hotmail.com  
publicacionesanh@hotmail.com

## DISCURSO BICENTENARIO: INDEPENDENCIA DEL 24 DE MAYO DE 1822

Franklin Barriga López<sup>1</sup>

En La Sorbona, en el siglo XIX, Joseph Ernest Renan<sup>2</sup> sustentó una conferencia que trascendió hasta la actualidad, por cuanto los conceptos allí expuestos se siguen estudiando en las aulas universitarias, especialmente en las cátedras de Ciencias Sociales, Políticas e Internacionales.

El escritor y académico francés se refirió a la conciencia de nación, a ese principio espiritual, “plebiscito diario” de pertenencia, afianzado en el pasado común y la esperanza de continuar en el futuro compartiendo juntos la identidad, los recíprocos y convergentes anhelos de convivencia, incentivados por el pretérito cimentador del porvenir.

---

1 Director de la Academia Nacional de Historia.

2 Escritor e historiador francés, nacido en 1823 y muerto en 1892. Posee también interés filosófico por los métodos que guiaron su investigación histórica. Comenzó los estudios de la carrera eclesiástica en París, pero pronto los dejó para dedicarse a la filología semítica y a la exégesis bíblica. Participó en dos misiones arqueológicas, una en Italia (1849) y otra en Egipto y Cercano Oriente (1860). Su nombre está ligado fundamentalmente a su obra *Histoire des origines du christianisme* (1863-1893). En 1863 publicó el primer volumen de esta obra, *Vie de Jésus*, que tuvo gran acogida en Francia, pero que también motivó fuertes críticas que le obligaron a dejar su cátedra de hebreo en el Collège de France. En efecto, en ella niega la divinidad de Jesús, aunque acepta su historicidad y exalta su ejemplaridad humana. Sus ideas filosóficas se descubren en las siguientes obras: *Études d'histoire religieuse* (1857), *Essais de morale et de critique* (1859), y *L'avenir de la science* (1890). Renan no tuvo una filosofía propia, los principios en que se basa provienen del positivismo francés y del idealismo alemán. A Renan se le puede catalogar con el mismo fundamento, como panteísta, deísta o idealista. En realidad él mismo no se propuso ser un filósofo coherente. La facilidad en pasar de un juicio a otro, según los momentos y estados de ánimo es considerada por Renan indispensable para todo aquel que quiera conseguir la verdad al menos una vez en la vida. Esto nos habla ya de su escepticismo como la posición filosófica más segura, que le permite sonreír y dudar de todo. En medio de su escepticismo, no obstante, Renan cree estar seguro de una cosa: la imposibilidad de lo sobrenatural y de la intervención de Dios en la historia de los hombres con la revelación, milagros y hechos de esta índole. En: <https://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=renan-joseph-ernest> (27-06-2022).

Bajo esta concepción mental, que involucra arraigados sentimientos, existen las naciones y se proyectan hacia el desarrollo, para evitar los factores adversos que tratan de menoscabarlas, como la falta de autoestima, el prejuicio para lo propio, el desánimo que generan los malos y putrefactos dirigentes, la división que tiene en el regionalismo su punta de lanza.

El amor a la Patria, la cohesión y el orgullo nacionales, el sentido de pertenencia, no deben faltar en los ciudadanos, por ello es imprescindible inculcar, a nivel individual y social, nobles sentimientos dirigidos a la concordia y prosperidad. En estos derroteros, el ejemplo de los líderes se vuelve sustancial, a fin de que no prevalezcan actitudes como: el derrotismo, la tendencia a la negatividad o la fuerza que aniquila sueños y realizaciones edificantes.

Ramiro de Maeztu aseveró que la Patria es espíritu, “*valor o acumulación de valores, con los que se enlaza a los hijos de un territorio*”.<sup>3</sup> Yo llamo a ese espíritu el alma colectiva, territorio vital y florecido en el interior del ser humano, primeramente, que tiene que ser refrescado con valores y principios de civismo, para que ofrezca los mejores frutos y no le llegue la erosión espiritual que aniquila a los países, por el mal ejemplo de políticos y politiqueros falaces y corruptos, así como por otros factores adversos para la motivación colectiva y la búsqueda, tan anhelada, de bienestar y progreso.

Se siente más esa llama inextinguible que ilumina el sentimiento cuando el ser humano se encuentra fuera de sus lares, entonces evoca su lugar natal con nostalgia que se manifiesta entre el dolor de la ausencia hasta la dulcedumbre del retorno, así sea una esperanza que jamás se cumplirá en tierras lejanas. Es que la Patria entraña los valores superlativos de una persona, afianzados en valores de eterna duración: hogar, amigos, paisajes conocidos, afectos, esa lumbre que prende antorchas interiores hasta la emoción incontenible que se desborda por los ojos humedecidos por algunas lágrimas o de incambiables sensaciones que jamás mueren en el corazón, cuando a la distancia se reconoce los símbolos del país: la Bandera, el Himno o el Escudo, que representan el pasado, el presente y el futuro, ese aliento que llena de civismo y orgullo nacionales.

3 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la hispanidad*, Editorial Verbum, Madrid, 2022, p. 204.

La historia es el enlace de identidad de los individuos y los pueblos, la que contiene raíces y savia para que el árbol de la vida crezca y fructifique, de lo contrario el vendaval existencial lo barre todo, como hojas al viento y desprendidas de su tronco y ramificaciones esenciales.

Las conmemoraciones cívicas fortifican y elevan el espíritu, son factor importante para sembrar optimismo, cohesión, afanes de trabajo constructivo, remar en la misma dirección hacia la prosperidad. Las glorias nacionales son el aliciente para el cultivo de principios y valores supremos, como el amor a la Patria, la libertad, la solidaridad, la democracia, el afán de apoyo comunitario, de superación y triunfo.

En este contexto nos hallamos, para recordar los doscientos años de la Batalla de Pichincha, una de las efemérides más significativas de los territorios que hoy conforman la República del Ecuador.

El Bicentenario es una fecha vertebralmente histórica con proyecciones cívicas, de cohesión nacional, concordia, unión, hermandad, progreso: de allí que los actos que está llevando a cabo nuestra Academia se cimentan en estos nobles preceptos y objetivos, que son, ciertamente, los que guían su accionar cotidiano, desde hace más de ciento doce años.

Efectivamente, tiene visos de epopeya nuestra Independencia, dadas las condiciones en que se llevó a cabo todo el proceso que estalló el 10 de agosto de 1809 y que convirtió a Quito en Luz de América, inscripción de justo reconocimiento que consta en el faro del puerto de Valparaíso, en Chile, país fraterno y siempre solidario. Los costos, en el lapso de los posteriores doce años, hasta 1822, no fueron pocos, en vidas humanas y propiedades, prisiones, sufrimientos y exilios forzados. Basta recordar al 2 de agosto de 1810 en que se masacró a buena parte del pueblo quiteño y a sus principales líderes. Nada pudo apagar la antorcha libertaria, que irradió aún más el 24 de mayo, en las faldas del Pichincha, volcán emblemático y tutelar no solo de la capital ecuatoriana.

Con especial nombradía relieve, asimismo, al 9 de octubre de 1820, fecha gloriosa no solamente para Guayas sino para la Patria

toda y que debe ser analizada dentro de la utilidad de la historia, para incentivar, permanentemente, la cohesión nacional, el civismo, la vertebración y sentido de país. Luego de este acontecimiento de remarcada trascendencia, de la Perla del Pacífico salió la “División Protectora de Quito” que, engrosada con elementos de otras partes de la Costa y, obviamente, de la Sierra, tuvo exitosas acciones de armas, como la de Camino Real, cerca de Guaranda (9 de noviembre del año mencionado) pero también derrotas, como la de Huachi, la del 22 del mismo mes o la de Tanizagua, 3 de enero de 1821, que fueron serios reveses para la causa independentista, la que cobró nuevos bríos con la llegada, el 6 de mayo de 1821, de Antonio José de Sucre y sus tropas a Guayaquil, enviado por Simón Bolívar.

Sucre alcanzó una resonante victoria, el 1 de agosto de este mismo año, en Cone (Yaguachi), pero también una derrota, en el segundo Huachi, el 12 de septiembre, que pudo ser demoledora para la causa de los republicanos que también estuvo detenida en el norte, en Pasto, que fue bastión realista casi inexpugnable y que impedía que tropas de refuerzo, enviadas por Bolívar, lleguen a Quito, urbe a la que Sucre dedicó una proclama desde el Cuartel General en Guayaquil, el 20 de enero de 1822, en la que exponía y exhortaba:

¡Quiteños! El Dios de los destinos y de la justicia, ultrajado en sus altares, en sus ministros y en sus sagrados institutos, nos envía a vengar la religión ofendida. La profanación del santuario y la desolación de ese bello país han irritado al cielo, que identificando su causa con la causa de la libertad, manda en defensa de sus derechos la espada de BOLÍVAR y los bravos de Carabobo. ¡Quiteños! No es solo la independencia de vuestra patria el objeto del ejército LIBERTADOR, es ya la conservación de vuestras propiedades, de vuestra vida, la fe de vuestros padres, el honor de la Nación, que lo conducen a la victoria. Los sacrílegos y los tiranos expiarán sus crímenes y el humo de nuestra sangre será el sacrificio que os presentemos por vuestra dicha.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> *Proclama de Antonio José de Sucre a los quiteños*, *Documentos para la Historia Militar*, Dirección de Historia y Geografía Militar del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1974, pp. 227 y 228.

La campaña definitiva salió de Guayaquil y fue por Machala, Loja (allí, en Saraguro, se unieron los efectivos al mando del boliviano Andrés de Santa Cruz, enviados por San Martín). Luego, desde Cuenca prosiguió la marcha, el 12 de abril, mientras los realistas retrocedían, hasta que el 21 de ese mismo mes en Tapi, se dio la batalla que posibilitó la libertad de Riobamba, habiendo sido los granaderos a caballo, conformado por argentinos y chilenos, al mando del comandante Juan Lavalle, los principales protagonistas para el triunfo.

Ante la contundencia de las tropas independentistas que, en su avance hacia la capital, recibían contribuciones espontáneas en hombres y más recursos, al pasar por los pueblos andinos, los españoles se fortificaron en Quito y alrededores. A Latacunga, el 2 de mayo, llegó Sucre con tres mil soldados: en esta urbe, a más de recibir hospitalidad, planificó la estrategia a seguir y es así que, once días más tarde, con guías que conocían perfectamente los terrenos alrededores al volcán Cotopaxi, al que bordearon por la parte oriental sus faldas nevadas, evitando enfrentarse a los cañones y caballería que estaban esperándoles en los pasos Jalupana y la Viudita y a tropas realistas que acampaban en Machachi, llegó al Valle de los Chillos el 16 de mayo y descansó en la histórica hacienda Chillo Compañía, del coronel Vicente Aguirre, casado con Rosa Montúfar, de admirable progenie libertaria.

El 20 de mayo, pasó a Puengasí, el 21 descendió a Turubamba, al sur de Quito, donde los españoles no aceptaron combatir; el 22 pernoctó en Chillogallo, en una hacienda cuya casa fue, posteriormente, convertida en museo (Centro Cívico Mariscal Sucre) y planificó la estrategia final para la batalla que iba a darse en el Pichincha: las tropas, en la noche del 23, subieron a las faldas de la montaña y tomaron posiciones; estaban integradas por efectivos quiteños, guayaquileños y de las demás circunscripciones de nuestro país, además de colombianos, venezolanos, peruanos, bolivianos, argentinos, chilenos, ingleses y españoles disidentes.

Fue el 24 de mayo de 1822, a más de tres mil metros de altura, que las fuerzas independentistas comandadas por el Gral. Antonio José de Sucre, vencieron a las realistas, dirigidas por el mariscal Mel-

chor de Aymerich. Esta batalla fue decisiva para la liberación de Quito y sus territorios. El comportamiento de los patriotas fue ejemplar, representado en la presencia emblemática del teniente Abdón Calderón, cuyo nombre, como sinónimo de heroísmo, se lo sigue repitiendo con orgullo y reverencia no únicamente en los recintos militares.

Los pormenores de la batalla fueron relatados, a los dos días de la misma, por el propio general Sucre, comandante general de la División del Sur:

A las ocho de la maña del 24, llegamos a las alturas del Pichincha que dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque cubierto con el Batallón Albión. Mientras las tropas reposaban, la Compañía de Cazadores de Paya, fue destinada a reconocer las Avenidas: seguía luego el Batallón Trujillo (del Perú) dirigido por el Sr. Coronel Santa-Cruz, Comandante General de la División del Perú. A las nueve y media, dio la Compañía de Cazadores con toda la división española, que marchaba por nuestra derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego, se sostuvo mientras conservó municiones, pero en oportunidad llegó el Batallón Trujillo y se comprometió al combate; muy especialmente las dos compañías del Yaguachi reforzaron este Batallón conducido por el Sr. Coronel Morales, en persona. El resto de nuestra Infantería a las órdenes del Sr. General Mires, seguía el movimiento, excepto las dos Compañías del Magdalena, con que el Sr. Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo, pero, encontrando obstáculos invencibles, tuvo que volverse. El Batallón Paya pudo estar formado, pero consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante, su brillante comportamiento.<sup>5</sup>

Frente a esta circunstancia, los soldados realistas tenían ventaja que no arredró a los republicanos que prosiguieron con intrepidez su ofensiva hasta culminar en el triunfo, como lo relató el mismo Sucre:

El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno

<sup>5</sup> *Parte de la Batalla de Pichincha, dado por el Sr. General Dn. Antonio José de Sucre*, República de Colombia, Ejército Libertador, Comandante General de la División del Sur, Cuartel General en Quito, a 26 de Mayo 1822, *Documentos para la Historia Militar*, Cit. N. 1, pp. 236 a 239.

apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dio orden al Paya que marchase a bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza de terreno permitió que los españoles aún se sostuviesen. El enemigo destacó tres compañías del Aragón a flanquearnos por la izquierda; y a favor de la espesura del bosque conseguía estar ya sobre la cima, cuando llegaron las compañías del Albión que se había atrasado con el parque, y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los del Aragón. Entre tanto, el Sr. Coronel Córdova tuvo la orden de relevar al Paya, con las dos compañías del Magdalena; y este jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenando al enemigo y derrotándolo, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad.<sup>6</sup>

Los combates, que comenzaron con armas de fuego y concluyeron a la bayoneta, en geografía abrupta, rodeada de abismos, dejaron saldo de 400 realistas muertos, 190 heridos, 1.100 prisioneros de tropa y 160 oficiales, además de la incautación de 14 piezas de artillería, 1700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra con armamento y municiones. En el bando patriota, perecieron 200 y 140 sufrieron heridas. Esta batalla fue decisiva para la Independencia de lo que hoy es Ecuador y consolidó la marcha de las fuerzas republicanas para la liberación definitiva del Perú y del Alto Perú (la Bolivia de más tarde) y el cese de las grandes campañas libertarias en América del Sur, con las batallas de Junín y Ayacucho, 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824, respectivamente. El museo que se erigió en el Pichincha para honrar la célebre batalla, en el sitio mismo de los enfrentamientos, la Cima de la Libertad, por su significación, es realmente el Templo de nuestra Patria.

Al otro día, Sucre y su ejército entraron triunfalmente a Quito, donde fueron recibidos en atmósfera de apoteosis: se suscribió la Capitulación por la cual quedó sellada nuestra Independencia del dominio ibérico. En este documento, firmado por Melchor Aymerich, mariscal de campo del Ejército Español y capitán general del Reino de Santa Fe y Antonio José de Sucre, general de brigada del Ejército

---

<sup>6</sup> *Ibíd.*, pp. 237 y 238.

de Colombia y comandante general de la División Unida al Sur de la República, convinieron, después de reconocer y canjear sus poderes:

Art. 1.- Será entregada a los comisionados del Señor General Sucre la fortaleza del Panecillo, esta ciudad y los almacenes militares existentes en el territorio y todo cuanto esté bajo la dominación española al Norte y Sur de esta ciudad. El territorio al Norte se entiende cuanto está comprendido en la demarcación del Departamento de Quito y todo el territorio al Norte y al Sur de esta ciudad, que estaba sujeto a la autoridad española, con todas las armas, provisiones y municiones, sean entregadas a los comisionados que el Señor General Sucre nombre para este efecto.

Art. 2.- Las tropas españolas saldrán de la plaza con los honores de la guerra, y en el sitio y hora que determine el Señor General Sucre entregarán sus armas, banderas, y municiones. A las dos de la tarde se recibirá la fortaleza y en el puente se entregarán banderas y municiones.

Art. 4. En consideración de la bizarra conducta en el combate de ayer que han observado las tropas españolas y a comprometimientos particulares que puedan haber en algunos individuos así europeos como americanos, se permitirá que oficiales y tropa que quieran, lo hagan por los puntos que estime a bien el Gobierno de Colombia, pudiendo quedarse aquellos que quieran hacerlo, bien en la clase de ciudadanos, bien al servicio si son admitidos. Se permitirá el pase a España de los oficiales y tropa que gusten hacerlo, pero considerados como prisioneros de guerra, prestarán antes el juramento de no tomar las armas más contra los Estados independientes de Perú y Colombia, en tanto no sean canjeados. Su viaje lo harán por Guayaquil y Panamá. Art. 5. De esta cuenta del Gobierno de Colombia correrán los gastos para conducir a La Habana o al primer puerto español los oficiales y tropas que por el artículo anterior sigan a Europa, siendo obligación del Gobierno español pagar estos gastos en el primer punto de su dominación al Comisionado conductor de dichos oficiales y tropa.<sup>7</sup>

Hubo intentos por retomar el poder por parte de los españoles. Pasto fue el centro de las operaciones realistas. Desde allí y una

<sup>7</sup> *Documentos BLANCO AZPURUA, Años 1821-1823, Tomo 8, pág. 410. Documentos para la Historia Militar, Dirección de Historia y Geografía del E.M.C. de las Fuerzas Armadas, Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1974, pp. 231 a 235.*

vez que el coronel Agustín Agualongo (de ascendencia indígena, fiel al rey de España hasta la inmolación) venció a Juan José Flores, en Catambuco, el 16 de junio de 1823, este jefe y sus huestes quisieron tomarse Quito y restablecer el viejo orden monárquico: cuando habían invadido la ciudad de Ibarra, fueron enfrentados por Simón Bolívar, en la primera batalla que dirigió personalmente en nuestro país: triunfo apabullante (17 de julio, a orillas del Tahuando) que marcó para siempre la retirada de nuestros territorios del régimen ibérico y abrió la ruta grancolombiana que, pocos años después, en 1830, llevó a constituir la República del Ecuador que, en honor a la historia, tradición y justicia, debió llamarse República de Quito.

La Batalla de Pichincha marcó la impronta del devenir no solo ecuatoriano, por ello se la recuerda con los caracteres que merece en la historia continental. El Ecuador, Quito en especial, ha sabido honrar, con respeto y gratitud perennes, al adalid de Pichincha, cuyas cenizas reposan en mausoleo ubicado en la Catedral, en el ambiente de gloria que la posteridad justicieramente le ha conferido.

A los cien años de este acontecimiento, en la Ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad, se organizaron eventos de resonancia, planificados y organizados con más de dos años de anticipación, por el Comité del Centenario, estructurado mediante resolución legislativa y decreto ejecutivo de 14 de octubre de 1919, con actos que se llevaron a cabo, pese a que el 21 de mayo de 1922 la ciudad amaneció con la noticia de un espantoso accidente ocurrido en la línea de tranvías eléctricos, el 20 a las 11 de la noche: el tren del Sur, debido a que se encontraba lleno de pasajeros y representaciones estudiantiles y obreras que iban a participar en las festividades, a causa de la aglomeración el motorista perdió el control de uno de los carros, en el descenso al Machángara y chocó contra una casa cercana al puente, produciéndose el percance que ocasionó muchos muertos y heridos.

El programa que debía cumplirse el 21 se suspendió, por decreto suscrito por el presidente de la República, José Luis Tamayo y fue reanudado al otro día, lunes 22 hasta el martes 30. Comprendió salvas de artillería en el Panecillo, un desfile cívico-militar que se de-

se envolvió en más de treinta cuadras copadas por los asistentes y presidido por el primer mandatario de la Nación y altos funcionarios, que recorrió desde el Parque Bolívar (La Alameda) las calles del centro histórico que previamente fueron pavimentadas, entre otras la Guayaquil, Chile, García Moreno, Venezuela, Rocafuerte hasta desembocar en la plaza Sucre; al pasar por la Plaza Mayor o de la Independencia, se detuvo la peregrinación cívica, debido a que en el atrio de la Catedral se había arreglado una capilla ardiente con banderas y trofeos, palmas y luces, encontrándose en el medio la majestuosa urna que contenía los restos de Antonio José de Sucre, custodiada por una guardia de honor integrada por generales y coroneles de la República; allí pronunció un discurso en honor a Sucre el Presidente de la República, quien, además, depositó en la urna una corona de rosas rojas y laureles.

Luego, en la Plaza de Santo Domingo, ante la estatua de Sucre, el ministro de lo Interior y presidente de la Junta del Centenario, general Delfín B. Treviño, dio una disertación, para concluir depositando una ofrenda de laureles. Después, los asistentes acompañaron al Presidente de la República al Palacio de Gobierno y allí se dispersó el desfile. Hubo, también, acción de gracias en la Iglesia Metropolitana o Catedral que había sido arreglada con:

majestuosa severidad, como lo describió Diario El Comercio: de las bóvedas pendían en caprichosas formas pendones con los colores de la bandera patria y pontificia; en los pilares que sostienen los arcos del cuerpo principal de la iglesia se habían colocado los escudos de todas las naciones americanas y de las europeas que históricamente tomaron parte en la Batalla de Pichincha, con sus respectivas bandera entrelazadas con la de Ecuador; en las naves laterales se habían colocado palmas de laurel y de olivo.<sup>8</sup>

Entre los actos en referencia sobresalieron, asimismo: la Sesión Solemne del I. Concejo Municipal de Quito que expidió un

---

<sup>8</sup> *Relación de las Fiestas del Primer Centenario de la Batalla de Pichincha 1822-1922 que hace Isaac J. Barrera, Secretario de la Junta del Centenario por mandato de ésta*, Talleres Tipográficos Nacionales, Quito, 1922.

acuerdo, mediante el cual el pueblo de la capital renovó los votos de reconocimiento y gratitud hacia el Libertador Simón Bolívar y el Mariscal Sucre; la inauguración de la Avenida 24 de Mayo, muy conocida, y del Parque de Mayo en el antiguo Ejido; inauguración del Obelisco en la Cima de la Libertad y del Monumento a los Héroes Ignotos, coronado por la escultura de un gigantesco cóndor con las alas desplegadas; exposiciones de Bellas Artes e Industrias, Artesanías y Agricultura; corso de flores; colocación de lápidas conmemorativas; bailes populares y otro, dentro del denominado Garden Party, en la quinta presidencial, con la concurrencia de más de seiscientas personas de la alta sociedad o en el aristocrático Club Pichincha; banquete oficial con selecta y numerosa asistencia; juegos florales: concursos musicales, de esgrima a la bayoneta y tiro de fusil.

Recepción especial con banquete incluido al Cuerpo Diplomático y Consular; gimnasias de institutos normales y de los cadetes de la Escuela Militar, con el lema Patria y Libertad; inauguración de la Capilla de Gloria, en honor de Antonio José de Sucre, en la Escuela Militar, que funcionaba en el tradicional edificio de la Recoleta; con honores propios de su valía, repatriación, junto al Gobierno de Colombia, de los restos del prócer Carlos Montúfar, desde Buga donde fue fusilado por los realistas el 31 de julio de 1816; publicaciones varias, como *Cuenca en Pichincha*, de Alfonso María Borrero, *Manifiesto Sinóptico comparativo de Quito en 1822 y Quito en 1922*, del archivero municipal Alcides Enríquez; Ezequiel Márquez editó *Nombres de las calles de Cuenca y Enhorabuenas a Bolívar y Sucre*; Loja, por intermedio de su I. Municipalidad, *Loja en la Batalla de Pichincha*; circuló un número especial de la revista *El Ejército Nacional*; los periódicos capitalinos (*El Comercio*, *El Día* y *El Porvenir*) dedicaron ediciones especiales al acontecimiento, al igual que los diarios guayaquileños *El Telégrafo* y *El Guante*. No faltaron presentaciones de ópera y de estudiantinas populares; carreras de gala en el hipódromo; juegos de pelota nacional, aquella de caucho que es golpeada por guantes de nueve a diez kilos de peso, forrados de cuero y adornados con clavos.

De especial contenido y nombradía fue la Sesión Solemne, celebrada en la emblemática y restaurada Sala Capitular de San Agustín, desde las tres de la tarde del 29 de mayo, por la Academia Nacional de Historia, a la que asistieron el Presidente de la República, Ministros de Estado, el Arzobispo de Quito y más de ciento cincuenta personas entre las que estaban el Cuerpo Diplomático, altos dignatarios y las personas más notables en política, ciencia, arte y literatura.

En este acto, el Dr. Luis Felipe Borja (hijo), que llegó a ser Director de esta corporación científica, propuso –lo cual fue aprobado por unanimidad– dirigirse a las sociedades históricas y geográficas de Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Argentina y Gran Bretaña, un telegrama con el siguiente texto: *“La Academia Nacional de Historia, en junta solemne, con motivo de conmemorar el Centenario de la Batalla de Pichincha, saluda, por intermedio de esa Corporación, a la Nación que coadyuvó al heroico suceso que tan eficazmente influyó para la libertad de América”*.<sup>9</sup>

El discurso de fondo corrió a cargo de Jacinto Jijón y Caamaño, a la época el Director de la Academia Nacional de Historia, quien, entre otras aseveraciones, manifestó:

El recuerdo de la Batalla de Pichincha ha sido siempre grato a todos los ecuatorianos y especialmente a los nativos de la capital, que, cada mayo, al sonido de los cañones que rememoraban el triunfo de Sucre han exultado, recordando la jornada que selló definitivamente la libertad de Colombia y coronó la labor que Quito comenzara para bien de todo un continente. El centenario de acontecimiento tan trascendental, justo era que toda la República, con respetuosa alegría, celebrase el triunfo de los ejércitos libertadores; y Quito, la acción de armas verificada en la montaña en cuyo regazo se cobija, y deber era de la Academia, en una fiesta netamente histórica, tomar parte con la austeridad propia de su carácter.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>10</sup> Jijón y Caamaño, *Quito y la Independencia de América, Discurso leído en la Sesión Solemne celebrada por la Academia Nacional de Historia, en la Sala Capitular del Convento de San Agustín, el 29 de mayo de 1922 en conmemoración del Centenario de la Batalla de Pichincha*, Academia Nacional de Historia, Imprenta de la Universidad Central, Quito, 1922, pp. 5 y 6.

### Jijón y Caamaño, añadió:

Es por esto, señores, que os ha convocado la Academia a este templo del patriotismo, para aquí, en el lugar consagrado por el más trascendental acontecimiento de nuestra vida nacional, en el centenario del triunfo, recordar los sacrificios hechos por Quito para conseguir su Independencia y la de la América española, tributando debido homenaje de gratitud, no solo a los que vieron coronada su frente con inmarcesibles laureles, sino a aquellos que oscuros murieron en la reyerta, a los que pasaron a la posteridad con el dictamen de mártires y a los que poco favorecidos por la fortuna solo apuraron el cáliz del sacrificio para morir después olvidados y quizás menospreciados, por aquellos mismos a quienes enseñaron la ruta del heroísmo y de la gloria.<sup>11</sup>

Ese mismo espíritu es el que nos ha convocado el día de hoy, asociado a la sensibilidad social que es uno de los máximos objetivos de la ciencia histórica y que, en nuestra Academia, esencialmente pluralista, prevalece en bien de la sociedad en su conjunto, no para fomentar la lucha de clases que agrava los problemas y atenta al bienestar colectivo, a sus valores supremos como son los de la libertad, la democracia y el bien común, sino para afianzar valores y principios superlativos que dinamizan la marcha de las sociedades y la fortaleza de los pueblos, para lo cual jamás debe olvidarse a la mujer, el complemento para el hombre o viceversa, que en las luchas independentistas participaron de diversas maneras, siempre fundamentales, sea conspirando en los salones aristocráticos o junto a las tropas, cumpliendo funciones básicas, como rabinas o guarichas.

Al cabo de doscientos años transcurridos desde la epopeya independentista que en Pichincha tuvo coronación excelsa, se vuelve necesario, aún más en la actualidad agravada por difíciles desafíos, como el desempleo y la pobreza, alentados por la pandemia de coronavirus que golpea al mundo, reflexionar en torno a si el sacrificio de los próceres responde a la realidad contemporánea, para incentivar, con esta toma de conciencia, sentimientos y actitudes proactivos en bien de la Patria.

---

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 6.

Con el conocimiento del pretérito, se comprende la evidencia del presente y, con estas bases, que forman la idiosincrasia de los conglomerados humanos, se planifica y construye el porvenir, por ello, en esta entidad que se desenvuelve en este marco de dinamismo y utilidad, trabaja nuestra institución con las orientaciones de lo que se llama la historia del futuro y no anclada al anquilosamiento de la antigualla.

Es la Historia la que no olvida la experiencia, con su caudal de enseñanzas, a lo largo de milenios, por ello, desde siglos antes de Cristo, se la considera como “maestra de la vida y luz de la memoria”, proyectada y sostenida únicamente por la verdad, ya que, si se carece de este elemento fundamental y científico, puede hablarse de todo pero menos de historia. De allí la explicación, aunque jamás podemos dar justificación, para la actitud obsesiva de los totalitarios de borrarla, con el objetivo de imponer sus propias versiones y consignas, ya que, según esas tendenciosas artimañas y objetivos perversos, la historia comienza con ellos y lo anterior se tiene que borrarlo, para afianzar el adoctrinamiento y el dominio absolutos.

La oportunidad se vuelve propicia para solicitar e insistir que, acordes a su importancia, vuelvan a los programas de estudio, en todos los niveles y amplitud, la enseñanza de la Historia, aparejada como se encuentra a la Cívica, a la Moral, a la Ética, a la Geografía o Lugar Natal. La introducción en el pensum se vuelve inaplazable. Solamente de esta manera se podrá sembrar simientes de adelanto para cosechar frutos de concordia, honradez, bonanza, comenzando por el amor a lo propio, a lo que significa superación e identidad, lecciones bienhechoras para las generaciones de hoy y de mañana.

Damas y caballeros.

Casa Alhambra, 18 de mayo 2022  
Inauguración Congreso de la Libertad

## Bibliografía

JIJÓN Y CAAMAÑO, *Quito y la Independencia de América, Discurso leído en la Sesión Solemne celebrada por la Academia Nacional de Historia, en la Sala Capitular del Convento de San Agustín, el 29 de mayo de 1922 en conmemoración del Centenario de la Batalla de Pichincha*, Academia Nacional de Historia, Imprenta de la Universidad Central, Quito, 1922

MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, Editorial Verbum, Madrid, 2022

*Parte de la Batalla de Pichincha, dado por el Sr. General Dn. Antonio José de Sucre*, República de Colombia, Ejército Libertador, Comandante General de la División del Sur, Cuartel General en Quito, a 26 de Mayo 1822

*Proclama de Antonio José de Sucre a los quiteños*, *Documentos para la Historia Militar*, Dirección de Historia y Geografía Militar del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1974

*Relación de las Fiestas del Primer Centenario de la Batalla de Pichincha 1822-1922 que hace Isaac J. Barrera, Secretario de la Junta del Centenario por mandato de ésta*, Talleres Tipográficos Nacionales, Quito, 1922



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

**Forma sugerida de citar este artículo:** Barriga López, Franklin, “Discurso Bicentenario: Independencia del 24 de Mayo de 1822”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. C, N°. 207, enero – junio 2022, Academia Nacional de Historia, Quito, 2022, pp.744-758